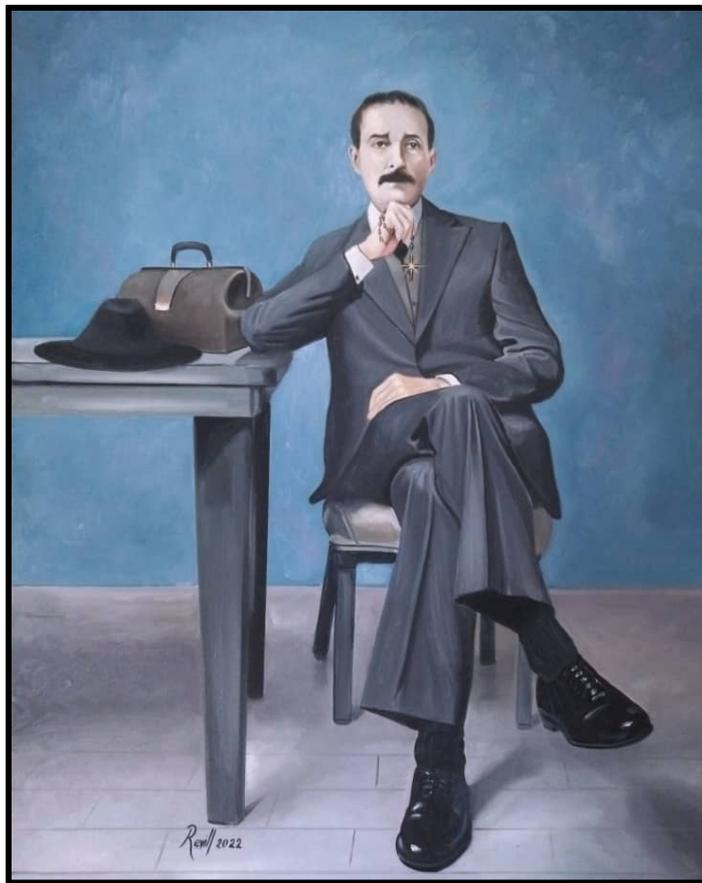


## ENSAYO



Dr. José Gregorio Hernández Cisneros en descanso  
Richar Villegas  
Colección propia

## ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA HISTORIA COLONIAL

*Antonio Vale\**

### UNO

Me propongo trazar algunas líneas que sirvan de punto de partida para la discusión del tema. Pero claro, primero debo anunciar el tema, trazar previamente las preocupaciones que me animan en un propósito ya viejísimo, a saber, que el estudio de la Historia Colonial de Venezuela, o más bien, la ausencia escandalosa e injustificada de ese estudio, está cegando por completo cualquier intento por comprender el proceso histórico nacional e incluso latinoamericano.

Un pensador merideño, Caracciolo Parra León, al referirse a la característica de la crónica de Indias que nos legó el primer historiador de Venezuela, Fray Pedro de Aguado, acota lo siguiente: “Y por ello su tratado no constituye panegírico de la conquista de los españoles, cuyos lunares aparecen de bulto, ni de la vida de los misioneros, que no fue centro sino accidente de la narración” (1). Juan Friede, otro especialista en la obra de Aguado pero en este caso colombiano, ratifica los mismos rasgos en la forma de historiar del franciscano a pesar incluso de sus convicciones y sus orígenes españoles: “La obra de Aguado – nos dice Freide- abunda en acusaciones contra conquistadores y encomenderos, critica las instituciones coloniales y generalmente carece de

---

\* Prof. Titular Jubilado, Dpto. de Ciencias Sociales del Núcleo Universitario “Rafael Rangel”, Universidad de Los Andes. Magister Scientiarum en Literatura Latinoamericana. Licenciado en Historia (ULA-Venezuela). Columnista de Diarios Regionales.

<sup>1</sup>En Angelina Lemmo, *Historiografía colonial de Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1977, pág 48.

elogios desmesurados de la conquista como tal” (2). Establecida esa característica historiográfica en Aguado no queda sino asombrarse por la ignorancia o la manipulación deliberada que ha existido hasta ahora en los más diversos predios de las interpretaciones de nuestro pasado. Pero es que Simón y Oviedo y Baños, que siguen cronológicamente los pasos de Aguado y que junto a él conforman la trilogía más importante acerca del territorio hoy venezolano, mantienen sus equilibrios propios a la hora de relatar lo sucedido durante los años que les tocó narrar. No es que están contra la empresa de la conquista –factores ellos mismos de su ejecución– sino que señalan, critican y hasta condenan sus excesos cuando tales acciones aparecen contradiciendo la ética o los principios religiosos de los que son cautivos por razones obvias de sus tiempos ¿Entonces? ¿Cómo es que hay una sesgada y a menudo constante explicación del fenómeno de la Conquista y de la Colonización que únicamente habla sobre las bondades de la llegada de los europeos al continente americano? ¿Es ése el registro que arrojan las lecturas de nuestros Cronistas de Indias o las acciones adelantadas por TODOS los españoles durante los tres siglos que duramos pegados a la monarquía católica de España? Más tarde volveré sobre ese asunto, porque a mí –o a las lecturas que he llevado a cabo sobre el tema– me parece todo lo contrario.

Los cronistas de Indias nombrados, fundamentalmente los que son misioneros, responden a motivaciones diversas, entre las cuales su vocación histórica siempre opera como complemento de otras vocaciones de mayor rango, en unos casos a favor de la gloria del conquistador y en otros estimulando la conversión de los infieles a la religión católica, de manera que, vistos desde una perspectiva actual, en sentido estricto no son ellos ningunos historiadores de oficio o de profesión, tal y cual los conocemos posteriormente. Por eso es que debemos ubicar acertadamente las “disidencias” de los cronistas frente a los conquistadores y a los encomenderos, producto no de una clara conciencia sobre los derechos humanos modernos, sino de la práctica y el fervor de una religión cuyos principios eran rebasados rutinariamente por los encomenderos más crueles y codiciosos. Digamos que en ellos, más que la búsqueda de la verdad en sus testimonios privaba fundamentalmente la

---

<sup>2</sup>Idem.

lucha contra el mal. Y es en ese contexto donde la figura de Bartolomé de las Casas debe ser considerada.

## DOS

Por la pluma de Las Casas es que conocemos el célebre sermón del padre Antonio de Montesinos pronunciado aquel domingo de diciembre de 1511 en una iglesia de la isla Española:

Para daros a conocer (los pecados contra los indios) me he subido aquí, yo que soy voz de Cristo en el desierto de esta Isla, y, por tanto, conviene que con atención no cualquiera, sino con todo vuestro corazón y con todos vuestros sentidos, la oigáis; la cual vos os será la más nueva que nunca oísteis, la más áspera y dura y más espantable y peligrosa que jamás no pensasteis oír... Esta voz dice que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes... etcétera, etcétera. (3)

No es cualquier atrevimiento, porque en la iglesia se encuentran en ese momento las personas más encumbradas de la sociedad colonial, amén de que se hallan también, junto a los encomenderos y propietarios de tierras, algunos funcionarios muy importantes de la Corona. El desenlace del cuento mismo eleva la personalidad del dominico, ya que, amonestado por sus superiores y aceptando una posterior disculpa que habría de dar el siguiente domingo en la misma iglesia, no solo volvió a condenar las actuaciones inmorales de los colonos, sino que pronunció un discurso todavía más radical al anterior.

Nace allí, según algunos historiadores -y es ése mi particular interés por el episodio- una línea de defensa de la causa indígena que se va a prolongar durante toda la colonia, que separará ocasionalmente a la Iglesia de los conquistadores y que va a tener a su vez repercusiones internacionales en materia de leyes y de derechos humanos. El asunto

<sup>3</sup>En Lewis Hanke, *La Lucha Española por la Justicia en la Conquista de América*, Madrid, Aguilar, 1959, pág 40.

da entonces pie para afirmar que lo que denomina Lewis Hanke *La lucha española por la justicia en la conquista de América*, título de uno de sus libros de mayor resonancia, no es una idea que se discute a posteriori o al margen de las preocupaciones del siglo XVI, sino que, precisamente por los resultados que arrojan documentos y sucesos, son los mismos españoles de entonces -en particular los miembros de las órdenes religiosas- quienes inician el debate sobre la condición y el trato que debían merecerse los indios. Como bien lo señala el autor del libro, “Las leyes de Burgos en 1512, y su aclaración en 1513 [que son unas enmiendas incorporadas a las Leyes a solicitud y estudio de Pedro de Córdova, el Provincial de los dominicos en la Española y que subrayan la protección de las mujeres y los niños indígenas], fueron los primeros frutos de los sermones de Montesinos en 1511” (4:).

Nada de lo dicho desconoce el abuso y la tragedia que sufrieron nuestros *abuelos indios* por parte de nuestros *abuelos conquistadores* españoles. Sólo que cuando no se percibe el alcance ni se proyectan adecuadamente las líneas en el tiempo histórico, ora por manipulación ora por ignorancia, se fabrican filiaciones que no responden al proceso y mucho menos a sus momentos varios, olvidando o escondiendo así lo que resulta característico de la etapa colonial, a saber, que desde el primer día en que Colón pisó tierras americanas, los intereses de la Corona, de la Iglesia y de los Conquistadores no siempre fueron los mismos. La historiografía que persiste en ver una relación directa entre las ideas de la Independencia y los conflictos indígenas del período colonial, incluso cuando éstos últimos son de finales del siglo XVIII, cometen dos errores inexcusables: proyectan la línea de la libertad de los indios y los esclavos como si ésta fuera causa principal de las ideas posteriores de la Independencia, y olvidan que los próceres de ésta última, Bolívar y Miranda incluidos, están más bien ligados (histórica y a menudo políticamente) a la tradición de los conquistadores europeos que Montesinos condenaba en sus sermones de 1511.

### TRES

Tengo en mi haber un libro interesantísimo que ya he citado en estos breves fragmentos. Se trata de la obra *Historiografía colonial de*

---

<sup>4</sup> Ibid, págs 52 y 53.

*Venezuela* de la profesora Angelina Lemmo, un tratado indispensable en la materia y que le sirvió a la docente como tesis doctoral en la UCV, en 1975, ante un jurado que literalmente “asusta” por sus capacidades y competencias: Estaban en él nada más y nada menos que Mario Bri-ceño Perozo (Tutor de la Tesis), Marco Aurelio Vila, Gisela Morazzani de Pérez Enciso, Pablo Ojer y Germán Carrera Damas. La edición que conservo del texto es una copia de un original que está en la Biblioteca Aquiles Nazoa del NURR y que estoy casi seguro, nadie más ha consultado en lo que tiene de vida. No es una lectura para flojos y mucho menos para desesperados. Pero lo traigo a colación porque representa el parte aguas de mayor prominencia en los estudios historiográficos de la Colonia en Venezuela. Ojo; nótese que digo historiográficos y no históricos, de tal forma que la autora no echa su propio cuento sobre lo ocurrido en el pasado colonial sino que estudia -sobra decir que de una manera genial- los modos y las aproximaciones que han asumido los más diversos autores a propósito del período en cuestión. Hay allí una retrospectiva impresionante. Una cita de la autora me ahorra sin embargo cualquier tipo de especulación; oído al tambor: “No hemos visto la historiografía colonial sólo en base al relato, la narración o la crónica. No hemos enfocado dicha historiografía desde el punto de vista tradicional, tan utilizado y deformante. La hemos analizado como formando parte del devenir histórico venezolano. Tal es así, que es comprobable el hecho de que en la “historia de la historia” de los 300 años de vida colonial, está, a nuestro juicio, el germen de nuestro proceso político y del llamado “subdesarrollo socioeconómico” (5). Vuelvo a repetirlo: no se trata de abordar lo que sucedió en el pasado sino de cómo ha sido historiada Venezuela y particularmente de cómo ha sido historiada durante su período colonial.

Con frecuencia me quedo perplejo ante el hecho de que, por más que lo intento, no he conseguido ediciones posteriores a la primera, que es la de 1977 y que parece la única, la que corresponde a la Universidad Central de Venezuela. Que una obra de esa magnitud no sea reeditada ni difundida dice mucho de las actuales prioridades que tienen las editoriales en Venezuela. Una hermosa apuesta le aguarda a los que se inician hoy en los estudios del pasado: a lo mejor cuando este torbellino

---

<sup>5</sup> Angelina Lemmo, *Historiografía Colonial de Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1977, pág 12.

patriotero en el que vivimos sea enterrado definitivamente... entonces será justo que los valores de nuestra historiografía colonial regresen. Toco madera por si acaso.

## CUATRO

Unidad y diversidad en los estudios históricos se complementan. Una visión de conjunto acerca de la naturaleza del denominado Nuevo Mundo en el período colonial no excluye en absoluto la fragmentación espacial que a menudo hacemos sobre los procesos históricos. Silvio Zavala, un verdadero maestro en los estudios coloniales del continente americano nos recuerda la importancia de esa visión inclusiva en los estudios históricos. Pónganle cuidado: “El presente estudio –acota en su libro *El mundo americano en la época colonial*- nos conduce a pensar que andaríamos por vía más segura si reconociéramos que el pasado de América contiene buen número de unidades y diversidades, precisamente así en plural; que esas unidades y diversidades tienen orígenes varios, siguen direcciones distintas y cambian al correr del tiempo” (6). Parece Perogrullo y del más sencillo, pero no es así. La visión de conjunto evita los localismos exagerados y nos recuerda permanentemente que, por ejemplo, si de verdad quiero reflejar una constante como la naturaleza del colonialismo en el NUEVO MUNDO durante los siglos XVI y XVII mi obligación es conectar el fenómeno con la llamada expansión europea, un acontecimiento al cual están ligadas sin ninguna excepción todas las regiones del continente americano. Y al revés, la diversidad me permite ponerle límites a las generalizaciones absurdas, como ésa de que todos somos hechura, prolongación y orgullo de la llamada resistencia indígena. Por cierto que, en esa materia, tanto las unidades como las diversidades que señalamos al principio son desechadas o forzadas por intereses bastardos, ajenos por completo a la condición histórica de sus respectivos procesos. Perú y México por ejemplo no revelan enfrentamientos nítidos entre Indígenas y españoles a la hora del registro, por el contrario, todos los estudios prueban que por muy diversas razones la tal resistencia indígena estuvo en estas regiones -me refiero a las de mayor población indígena y a las de mayor riqueza en el

---

<sup>6</sup> Zavala Silvio: *El Mundo Americano en la Época Colonial* (TOMO 1), Editorial Porrúa, S.A., México 1967, pág XIII.

continente- contaminada por la presencia de los conquistadores españoles. Resumen: sin la mitad de la población indígena peruana y mexicana apoyando a los invasores, la conquista del Perú y México hubiera sido imposible. Por eso es que hay que cuidarse de aquellas reducciones superficiales que pretenden despachar un acontecimiento tan complejo como el Descubrimiento, la Conquista y la Colonización de América colocando como único tema de importancia el de la resistencia indígena. “Entre los colonizadores europeos y los indios mediaron múltiples géneros de relaciones: guerras, comercio, trato de alcohol, alianzas, evangelización, estudios etnográficos y lingüísticos, transculturación, mestizaje, administración, legislación, empleo de servicios personales, despojos, epidemias, expulsiones” (7). Por esas generalizaciones sin límites es que se han inventado tantos disparates “históricos”, entre comillas, sin fundamentos ni fuentes creíbles, más acordes con la imaginación poética de quienes uniforman el comportamiento indígena que con lo que realmente dicen los documentos escritos. Los trujillanos tenemos un ejemplo con consecuencias verdaderamente insólitas. Los cronistas que hablan de nuestras tierras registran el acontecimiento de abuso cometido por los conquistadores españoles en Escuque, en plena fundación de Trujillo, resultado de un incidente que condujo al fracaso de la empresa. Aguado, Simón y Oviedo y Baños relatan el momento sin contemplaciones. Ya lo sabemos: de allí se inicia la condición portátil de Trujillo, sus denodados esfuerzos por alcanzar un espacio en el propósito. Pero eso es todo. No hay documentación seria –y aquí incluyo las obras de Amílcar Fonseca y Américo Briceño Valero cuyos datos siempre hay que tomarlos con cuidado- para concluir que el pueblo denominado Cuicas fue en ese tiempo un pueblo guerrero. Las pistas que se arrojan son más bien reveladoras de que nuestra comarca de entonces practicó una agricultura de avanzada y que sus habitantes fomentaban el teatro. Como la mayor parte de lo que ocurre con nuestro pasado indígena -en Trujillo, en Venezuela y en el Continente- no hay certidumbre en sus fuentes por la ausencia de ellas o por la contaminación que tienen, amén de que en el caso nuestro -de Venezuela y de Trujillo- tampoco somos millonarios en arqueología.

Tales ausencias dan patente de corso a quienes fabrican héroes como si fueran cotufas. Entonces actúa el síndrome de la historiografía

<sup>7</sup> Ibid, pág XXI y XXII.

bélica, tan seductor a veces, porque como los Cumanagotos y los Caracas sí ofrecieron una resistencia permanente y en sus casos fue por ella que los primeros núcleos poblados no pudieron desarrollarse con mayor rapidez, entonces los cuicas no podían quedarse atrás, tenían que ser igualados en la guerra, aunque en el acto de igualación no mediaran testimonios ni motivos para caracterizar de esa manera a Trujillo. No es tolerable para la mentalidad de la historia guerrerista que los verdaderos culpables de las mudanzas de Trujillo hayan sido las epidemias y los bachacos.

## CINCO

He dejado el último comentario para un documento que, en numerosas ocasiones, he repetido que representa la verdadera partida de nacimiento del territorio hoy venezolano. Se trata por supuesto de la carta enviada por Colón a los reyes católicos en 1498 y cuyo subtítulo reza literalmente así: *La Historia del viaje que el Almirante Don Cristóbal Colón hizo la tercera vez que vino a las Indias cuando descubrió la Tierra Firme, como lo envió a los reyes desde la isla Española.*

En apariencia la carta no es más que eso, el relato de una travesía hecha por el Almirante y los detalles sobre el viaje ya finalizado. No constituye una novedad tan señera como la del primer viaje, tantas veces celebrada como un hito de resonancia inigualable en la historia de la humanidad. Pero si uno la examina de cerca puede detectar en ella casi todos los aspectos que caracterizan a la monarquía española de entonces: el providencialismo, la intensa fe católica, la fidelidad al rey y por supuesto la importancia de conseguir riquezas materiales para la Corona. Todavía en esa carta se refleja en Colón el viejo pleito con los incrédulos de su proyecto, con aquellos que, atacándolo desde el mismo primer viaje, *todos a una lo tenían a burla.*

La tesis del buen salvaje está explícita en el documento. Así se expresa el Almirante: “El día siguiente vino de hacia Oriente una grande canoa con 24 hombres, todos mancebos e muy ataviados de armas, arcos y flechas y tablachinas y ellos, como dije, todos mancebos y de buena disposición y no negros, salvo más blancos que otros que haya

visto en las Indias, y de muy lindo gesto, y fermosos cuerpos, y los cabellos largos y llanos, cortados a la guisa de Castilla, y traían la cabeza atada con un pañuelo de algodón tejido a labores y colores, y el cual creí yo que era de almaizar” (8). Se trata del primer reconocimiento mutuo en las costas de Tierra Firme, un evento al cual deberíamos estar atados con asombro y fascinación porque es el primer contacto humano entre españoles y aborígenes que se produce en el espacio nuestro y, además, el que da inicio entre nosotros a la compleja y dura faena del mestizaje cultural hispanoamericano. Claro, como no se entendían se tuvieron que comunicar por señas, cruzándose los mensajes atropelladamente, al punto de que, a una orden del Almirante de que se tocaran unos tambores para ver si los visitantes se animaban a acercarse, éstos últimos le cayeron a flechazos a las embarcaciones. Toco el evento porque, también en este episodio, algunas opiniones interesadas han querido ver –siempre con la óptica de la guerra en sus miradas- el inicio de una contienda sangrienta, pese a que el propio Colón deja entrever en su carta que el malentendido fue pasajero.

Varios son los historiadores que han examinado la Carta. Uno de ellos es Joaquín Gabaldón Márquez, boconés, poco conocido por sus propios paisanos aunque de una consistencia muy firme en materia de Historia Colonial. Dice del documento primores: que es obra de geógrafo, de marino, de poeta, aparte de su importancia como documento histórico de primera. “Los venezolanos -asienta en un Estudio Preliminar de la Carta- nos hemos detenido poco hasta ahora en la consideración de tan capital documento” (9). No creo que en nuestras escuelas y liceos -porque en el NURR yo ya lo tengo confirmado- le presten la debida atención a esa Partida de Nacimiento tan importante.

Alí López Bohórquez, destacado historiador y profesor nuestro en la Escuela de Historia de la ULA, en un ensayo del año 2000, llega a una conclusión interesante. A saber, que con el Tercer Viaje de Co-

---

<sup>8</sup> Cristóbal Colón, “Carta a los reyes católicos...”, en Descubrimiento y conquista de Venezuela, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia (TOMO I), 1962, pág 8.

<sup>9</sup> Joaquín Gabaldón Márquez, “Estudio preliminar”, en Descubrimiento y Conquista de Venezuela, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia (TOMO I), 1962, pág XXIV.

lón se produce el verdadero descubrimiento de América (10). La lógica indica que la tesis no es nada descabellada si tomamos en cuenta lo ocurrido hasta ese momento, es decir, que en los dos viajes anteriores lo que ha tocado el Almirante son las islas de las Antillas. El hallazgo no es únicamente una novedad en el orden de importancia de los viajes colombinos, sino que, al ponernos en contacto con el contenido de la Carta, advertimos que ya el marino genovés intuía -habla de *tierras infinitas* y de un *mundo nuevo*, nos subraya el profesor Alí López- que esos parajes –el *paraíso terrenal* y la *majestad del Orinoco*, subrayo yo- no eran otra cosa que un continente completo. La consecuencia económica, social, política y cultural, es de factura mayor: por allí bajarán todos los demás, desde los viajes denominados menores que ensanchan el espacio venezolano encontrando a su paso el Lago de Maracaibo –de cuyo hallazgo adoptamos el nombre de Venezuela-, hasta la Vuelta al Mundo de Magallanes que es el acontecimiento que en realidad inicia la globalización en nuestro planeta...

No me canso de decirlo: un pragmatismo exagerado ha echado los estudios históricos al cesto de la basura, en particular los de Historia Colonial. Ya no es imputable el error a quienes se dedican profesionalmente al oficio. Se trata más bien de una razón historiográfica que ha dominado equivocadamente nuestras ideas sobre el pasado por muchos años. Un padecimiento que, a falta de una terminología más apropiada, nosotros caracterizamos como *la enfermedad de la independencia*, el mutilado y persistente camino de hacer creer por todas las vías que el período colonial fue la Edad Oscura por excelencia y que los orígenes, la grandeza, las virtudes y el alma del venezolano se forjaron únicamente con las hazañas de Bolívar y sus más fieles seguidores.

Creo que es hora de difundir criterios que de paso no son tampoco recién descubiertos. En un libro editado en 1944 por el Fondo de Cultura Económica, *De la conquista a la Independencia* de nuestro Mariano Picón Salas y del que nosotros tomamos la edición de Monte Avila Editores de 1991, Guillermo Sucre ya anotaba el disparate historiográfico que se venía produciendo a propósito del asunto. “Nada

---

<sup>10</sup> Alí López Bohorquez, El descubrimiento del Lago de Maracaibo como consecuencia del tercer viaje de Cristóbal Colón, Mérida, Fondo de publicaciones de la ULA, 2000, pág 17.

más erróneo, entonces -nos advierte el autor en la Introducción-, que considerar a la Colonia como un exotismo o como una simple etapa de nuestra existencia, de la cual se podría prescindir porque el verdadero punto de partida lo inauguraba el movimiento emancipador” (11). Recomiendo encarecidamente este libro, *De la conquista a la Independencia* de Mariano Picón Salas, que debería ser de obligada lectura en todos los espacios educativos de Venezuela.

Pero es que después del gran pensador merideño son cientos los investigadores que han insistido en la misma preocupación, mostrando y demostrando con suficiente documentación que es absolutamente falsa la idea de una ruptura total entre los dos períodos de nuestra historia. Han llovido literalmente obras de una calidad indiscutible y a propósito de los muchos temas que abordan el proceso de la Historia colonial Latinoamericana. Pese a ello, la carencia no cesa, la *enfermedad de la independencia* continúa haciendo estragos, la nueva mirada no se extiende por nuestras escuelas y liceos y en vez de permear hacia el ciudadano común y corriente, se queda represada en los círculos académicos sin que se produzcan los cambios de perspectiva que la investigación histórica lleva a cabo en los pueblos que evolucionan hacia el progreso. Pocos saben del daño que una anomalía histórica como esa causa en la cultura nacional y latinoamericana. Cortado de tajo el tiempo histórico real por una supuesta Edad de Oro que no tiene comparación ni sustituto, entonces nos mutilamos también nosotros a nivel de la conciencia, sin sentido histórico ni institucional, como si fuéramos huérfanos y esa orfandad actuara sobre nosotros pidiendo a gritos la presencia de una plenitud que hemos perdido por ser y estar incompletos en el tiempo.

Lo repito finalizando: Es hora de volver a la Historia de la Colonia sin que se interpongan los prejuicios de la Independencia como contrapeso y como modelo. Hora de reconocerse con todo su esplendor en los viejos acontecimientos coloniales, incluso en sus errores y hasta en su violencia, imposible de obviar por quienes desde el presente estamos absolutamente incapacitados de corregir el pasado y hacerlo más bonito ante los ojos de los fabuladores. Es hora, señores, como bien lo ha dicho Arístides Rojas, de apartar la maleza.

---

<sup>11</sup> Guillermo Sucre, “Introducción”, en *De la conquista a la independencia y otros relatos*, Caracas, Monte Avila Editores, 1991, pag X.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Colón, Cristóbal, (1962) “*Carta a los reyes católicos...*”, en **Descubrimiento y conquista de Venezuela**, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia (TOMO I).

Gabaldón Márquez, Joaquín, (1962), “*Estudio preliminar*”, en **Descubrimiento y conquista de Venezuela**, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia (TOMO I)

Hanke, Lewis, (1959) **La lucha española por la justicia en la conquista de América**, Madrid, Aguilar.

Lemmo, Angelina, (1977) **Historiografía colonial de Venezuela**, Caracas, Universidad Central de Venezuela.

López Bohorquez, Alí, (2000) **El descubrimiento del Lago de Maracaibo como consecuencia del tercer viaje de Cristóbal Colón**, Mérida, Fondo de publicaciones de la ULA

Sucre, Guillermo, (1991) “*Introducción*”, en **De la conquista a la independencia y otros relatos**, Caracas, Monte Avila Editores.

Silvio Zavala (1967), **El mundo americano en la época colonial** (TOMO 1), Editorial Porrúa, S.A., México